La luz del hereje

Pedro Cortés Barrero

La luz del hereje

Pedro Cortés Barrero

avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Pedro Cortés, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-69-6
THEMA: FFP — Thriller / Suspense
Depósito legal:M-15227-2026

A Esther, Alberto y Edu

«No temían nuestras palabras, sino la posibilidad de que fueran verdad»

CAPÍTULO 1:

Inicio

La luz del hereje

Regocijaos, bravos guerreros, si vivís y conquistáis con el Señor, pero regocijaos aún más y dad gracias, si morís y os reunís con el Señor. Esta vida es fructífera y la victoria gloriosa, pero una muerte sagrada por la justicia vale todavía más. Benditos seréis aquellos que morís con el Señor, pero tanto más lo seréis aquellos que muráis por Él.

San Bernardo de Claraval
De *Laude Novae Militiae*, c. 1128

Las campanas repiquetean ansiosas y todos levantan la cabeza buscando la causa del sonido. A lo lejos, una nube de polvo oculta el mal que se avecina. La tierra arde en la incertidumbre. ¿Quiénes serán esta vez? Ellos no saben ni de luchas ni de religiones, de tanto convivir; han borrado todas las fronteras que separan a las tres religiones que quieren ganar el mundo, pero todos corren a refugiarse en aquella ciudad que los acoge. Las carreras no han sido suficientes para algunos, y sus cuerpos y la desolación riegan los campos.

El 9 de febrero de 1979 parece una fecha normal, pero para mí hoy es un día muy especial. La ciudad, que apenas conozco, se abre ante mí con el esplendor de unas piedras marrones que se aclaran y se iluminan con las primeras luces de la mañana. Al sol perezoso, de estos últimos días del invierno, le cuesta salir. Las paredes exhalan la humedad acumulada durante la noche. Perdido por una calle desierta que huele a siglos, camino casi alegre esperando que llegue la hora. Hemos quedado en la puerta de la concatedral. Me subo una vez más la cremallera del abrigo, en esta zona de sombra el frío aprieta. El dedo de San Pedro de Alcántara brilla con el sol reflejado de una ventana que se abre por primera vez a la luz de la mañana. Pienso en los misterios que se ocultan en su interior y camino tres pasos alejándome, para volver a la protección de la estatua. Vuelvo a mirar los dedos brillantes del santo y pienso en tantos besos esperanzados que han limado

la pátina parda que cubre al resto de la estatua. No hay una estadística clara de los que han encontrado pareja u otros beneficios, pero por el ardor de los besos, la esperanza no se ha perdido. Miro a ambos lados, nada, silencio absoluto, debe de ser, porque hoy es día de fiesta. Golpeo con energía el suelo buscando el calor perdido de mis pies. Cuando ella aparece, la luz del sol reflejada en las ventanas incendia la estatua de San Pedro.

No es muy alta, a pesar de que sus tacones repiquetean en las piedras que han vivido tantas cosas. Me saluda con una sonrisa que hace que me olvide del frío pasado en la espera. Es mucho más joven de lo que me había imaginado; me esperaba una señora mayor, calada con gafas y sabiduría acumulada, y aquí está, más joven que yo y mucho más guapa. Lleva una bolsa grande que espero que contenga los documentos que anhelo.

—Perdona, me he retrasado y tú aquí con este frío. —Y, sin darme tiempo a pensar, se acerca y deposita un beso largo en mis mejillas.

—No te preocupes. —Es lo único que acierto a decir.

—Ven, vamos. —Y me estira del brazo. La sigo obediente y, ante mi sorpresa, comenzamos a alejarnos de la concatedral y recorremos caminos marcados por la historia. El aljibe con sus secretos queda atrás.

—Espera un momento. —Se sienta y se cambia los zapatos; yo la miro extrañado, sin saber muy bien qué hacer. Sus gestos demuestran una energía que no cuadra en aquella cara dulce, pero su sonrisa me envuelve y deja en el aire un toque de sensualidad.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás —dice con una sonrisa picarona en los labios, mira mis zapatos y con un gesto le da su aprobación.

Abandonamos la ciudad medieval y nos adentramos en un barrio que parece olvidado. Un cartel anuncia: «Santuario de la Virgen de la Montaña, 2 km». No pregunto, ella no para de hablar y su risa se contagia a unas calles ausentes de ella. Comenzamos a ascender. El asfalto se hace tierra entre curvas, miro hacia atrás para observar aquellas vistas hermosas donde juegan las murallas, las estrechas calles judías y algunos palacios que se elevan orgullosos. Pienso en aquellos tiempos que me han traído hasta aquí, donde convivían sin dificultad moros, judíos y cristianos.

El camino se empina entre riscos y encinas; ella habla y ríe. Yo me dejo guiar, poca cosa puedo aportar. Si acaso alguna pregunta que aflora en mi mente para enseguida morir entre los jadeos de mi respiración entrecortada. «Ya llegamos», me dice parándose ante una escalinata que parece no tener fin. Yo la miro y entonces ella hace un gesto.

—Vamos, ven. —Y se gira apartándose de la escalera. Recuperado el aliento, me atrevo a preguntar.

—¿Adónde vamos? —repito.

—Ya lo verás —dice riendo.

Nos adentramos en el bosque esquivando las plantas que se enredan en nuestros pies. La sigo como un lazarillo; me pregunto qué tendrá todo esto que ver con lo que me ha traído hasta aquí. Ella camina delante, su cuerpo delgado y flexible se dobla esquivando ramas y arbustos; de vez en cuando, mira hacia atrás y me lanza una sonrisa que me deja sin habla. Unos riscos inmensos, rodeados de encinas, se alzan sobre nosotros. Ella se despoja de la gabardina, dejando libre un cuerpo joven y precioso, la coloca dentro de la bolsa y comienza a trepar por las rocas. La sigo intentando, no mirar hacia abajo; si algo no esperaba era hacer de alpinista. Por suerte, la pendiente se suaviza y se abre a una especie de arcada donde ella se ha sentado reclinando su espalda sobre la pared de rocas. Cuando me recupero, miro hacia abajo, la vista es maravillosa.

—Siéntate —me dice. Busco un sitio adecuado y me siento—. Ven aquí más cerca, ya te hago un hueco.

Me levanto y me acerco. Ella se aparta un poco para acogerme a su lado. Estamos muy cerca, nuestros cuerpos se tocan y cualquier pequeño movimiento se transmite a los dos.

—¿Sabes? Aquí dicen que se sentaba Francisco Paniagua, el anacoreta, que fundó el santuario, para rezar, meditar y dar gracias a Dios. Cuando subo, siempre que puedo, paso por aquí.

El sitio es precioso y adecuado. Ardo en deseos de preguntarle por el asunto que me ha traído a esta ciudad, pero la veo tan tranquila y relajada que no me atrevo. Además, los movimientos de su cuerpo se pegan a mí y me dejan una sensación dulce y extraña.

Me llamo Juan Valcarce y desde hace poco más de tres años soy profesor de la Universidad de Salamanca; aunque mi formación inicial fue científica, ahora pertenezco a la cátedra de Historia Medieval. Ha sido un cambio drástico al que me han llevado las circunstancias de la vida. Una vida que hasta ahora se había movido por los caminos de la rutina y la duda. Los compañeros me miran extrañados, aún no se saben avenir a que un doctorado en Historia Medieval me haya elevado a la categoría de profesor titular con poco más de treinta años, cuando algunos de ellos hace mucho más tiempo que están luchando para conseguirlo. De hecho, yo también me siento un poco extraño y muchas veces me pregunto si este es realmente mi

sitio y, aunque no lo quiera reconocer, dentro de mí palpita ese deseo malsano de demostrarles de una vez que soy mejor que ellos. Aparte de eso, creo que soy una persona bastante normal, más callado que charlatán, ni alto ni bajo. El pelo largo me acerca más a los alumnos que a los profesores, y unos ojos negros enmarcados en una cara más larga que ancha hacen el resto.

Hace unos meses, revisando unos documentos sobre la muralla de Ciudad Rodrigo, una noticia anotada en un margen, que se continuaba con una pequeña explicación, me ha devuelto toda la energía y la esperanza.

El sudor acumulado en la subida se evapora con prontitud y se lleva un calor que el fino jersey no puede retener y el febrero, en su intento, no logra mitigar. Noto un escalofrío y su cuerpo se pega al mío.

—Cógeme, tengo frío —dice con naturalidad.

Levanto el brazo y lo paso por detrás de su cabeza y ella se recuesta en mí. La miro azorado sin saber muy bien qué hacer, pero su reacción ha vencido al frío que sentía. El tiempo pasa y los músculos se resienten en la posición en que me encuentro, no me atrevo a moverme. Ella lo debe notar y, con un movimiento, se separa y se levanta.

—Vamos, Juan. Subamos al santuario. —Y me tiende la mano para ayudarme.

Subimos en silencio, no sé cómo interpretar este acercamiento que hemos tenido. Ella continúa con su charla y sus risas, pero yo aún estoy agitado por lo que he sentido con la proximidad de su cuerpo. Cuando llegamos, la explanada se abre ante nosotros y un gran Cristo nos saluda desde su altura.

—¿Quieres saber por qué te he traído hasta aquí?

—¿Para convencerte de mi pésimo estado de forma?

—Tal vez, tal vez. —Ríe con una risa que se aleja en la explanada.

La miro, pero ya está lejos. Me pregunto cuántos años debe tener, parece muy joven, si estará o no casada y tantas otras cosas que afloran a mi cabeza. Solo sé su nombre, Paqui Nogales, y un teléfono.

—Vamos, venga, date prisa.

—Ya voy.

Entramos en el santuario. En el interior umbrío, un retablo excesivamente recargado acoge una imagen de la Virgen y el Niño.

—¿Qué te parece?

—No está mal, pero no es mi estilo.

—Ya me lo imaginaba. Ven.

Nos movemos entre los bancos y nos acercamos a una pared de la que pende un gran escudo bordado en oro y plata.

—Mira —me dice—, ahí tienes lo que buscas —y su risa resuena en la capilla.

—¿Dónde? —pregunto.

—En el centro del escudo, arriba está la Virgen y debajo de ella, ¿qué ves?

Yo no veo nada especial, aparecen las letras bordadas de un Ave María y a su derecha el castillo y el león, como en todos los escudos de la ciudad.

—Las azucenas, fíjate en las azucenas.

—Sí, las veo.

—¿No te recuerdan nada?

—No —digo, sin entender a dónde quiere llegar.

—En el documento que encontraste, aunque apenas visible, aparece un ramillete de azucenas. En la tradición bíblica, la azucena es el símbolo de la elección y también del abandono a la voluntad de Dios. No creo que estén ahí por casualidad, estoy convencida de que todo tiene un significado.

Aquella noche, Juan Valcarce luchaba contra el insomnio. Su cuerpo, poco acostumbrado al ejercicio, se empeñaba en mostrarle su discrepancia con el día pasado, pero eran sobre todo sus emociones las que le impedían dormir. Se levantó y recogió la carpeta donde, envuelto en todas las precauciones, guardaba el documento como el más preciado de los tesoros. Lo sacó junto a la reproducción y las anotaciones que había realizado. Le extrañaba que ella no le hubiera pedido ver el documento. Observó con atención el original. Las flores, aunque ausentes de color, efectivamente, se parecían a las que se mostraban en el manto de la Virgen. ¿Cómo podía saber eso ella, si no había visto el documento? ¿Qué más sabía de todo aquello? Sin duda alguna, estaba bien documentada sobre la historia de la ciudad, pero aquello parecía obedecer más a las artes adivinatorias que a estudios concienzudos. La parte que se conservaba aparentaba ser la correspondiente a la parte inferior de un león, identificativo del reino de León, pero también podía ser cualquier otra cosa. En la parte superior derecha figuraba aquel dibujo extraño, que él había identificado como el castillo del escudo de la ciudad de Cáceres, girado ciento ochenta grados y que ahora, cuando lo miraba, parecía indicarle algo diferente. A su lado, se encontraban aquellos signos extraños que, por momentos, le parecían símbolos de un lenguaje que no acertaba a comprender. Aumentó el tamaño del castillo, intentando mantener las proporciones, y una idea fue apareciendo en su cerebro: ¿y si no se trataba de un castillo? Su posición y el tamaño exagerado de las almenas no concordaban con la exactitud y la precisión de los otros elementos del dibujo. Tomó una lupa y repasó uno por uno todos los detalles del documento.

CAPÍTULO 2:

El monasterio

Quién podía saber cuántos años llevaba aquel monasterio en aquellas tierras; para los escasos habitantes de la zona siempre había estado allí y allí continuaría. Era verdad que había pasado por muchos trances, pero siempre había sabido sobrevivir. Aquel año del Señor de 1150, el abad también lo pensaba. Recostado en un capitel del pequeño claustro, miraba aquel olivo al que los siglos le hacían retorcerse y ensanchar su tronco, mientras que sus ramas se esforzaban por ocupar todo el espacio disponible. «¿Podremos permanecer aquí tanto tiempo como tú?», se dijo, mirándolo.

Los monjes salían del monasterio y miraban desconcertados aquella zona que ahora se mostraba vacía; no sabían cómo tomárselo. Por un lado, su marcha posibilitaba disponer de más espacio y aumentar sus posesiones, pero hacía mucho tiempo que convivían y siempre habían mantenido una buena relación. Pero los tiempos habían cambiado y ahora era necesaria aquella separación.

La barrera física que se interponía entre las dos comunidades había ido rebajándose a medida que el tiempo roía la tapia, y en algunas zonas los pies se elevaban de puntillas para que las miradas se intercambiaran. Además, aunque las propiedades de ambas comunidades se encontraban separadas, los encuentros entre los monjes y aquellas mujeres adoradoras de aquella diosa extraña eran frecuentes, y esa frecuencia abría senderos en la mente y en los cuerpos de unos y otros.

Aquella mañana de enero, el frío atenazaba los campos y las hogueras no conseguían elevar la temperatura. El abad se preparaba para oficiar la misa y los monjes entonaban con fuerza sus cantos, esperando que sus voces trémulas rompieran aquel caparazón de hielo que todo lo envolvía. El leve chirrido de la puerta puso una nota de desarmonía en el canto y algunas cabezas se volvieron buscando su origen. Las mujeres entraron respetando el silencio y la dulzura de aquellas voces. El abad se giró y vio aquella onda azul que se arrodillaba en el fondo de la iglesia. Los arcos visigóticos acogían a las dos comunidades y él sintió cómo Cristo los amparaba. Su voz se elevó, enredándose con la luz de los candiles y la que tamizaban las ventanas,

y llenó de paz todos los corazones. Les habló de aquella doctrina que la Iglesia había considerado una herejía, pero que las dos comunidades que habitaban aquel monasterio guardaban desde hacía tres siglos. Desgranó los puntos clave de aquella teoría que podía aunar todas las religiones, les habló del amor de Jesús como hombre y como hijo adoptivo de Dios, de la ceguera de aquella Iglesia, a la que, sin embargo, ellos amaban, que había condenado a los obispos Elipando y Félix de Urgell que solo buscaban la gloria de Dios. Pero también les habló de aquella Diosa, madre de la muerte y de la regeneración, del renacimiento o de la vuelta a la vida, dueña del pasado, del presente y del futuro, y les dijo que todo era uno. La luz del abad se colaba en todos los corazones; les explicó el compromiso que habían contraído, de salvaguardar aquellos documentos que custodiaban un tesoro que recogía las enseñanzas de las tres religiones y las de aquella Diosa, esperando que la humanidad, algún día, estuviera preparada para entenderlas.

Las mujeres recogieron todas sus cosas y, en el momento en que aquel sol de invierno consiguió romper la mortaja de aquella niebla aferrada a la tierra, emprendieron la marcha hacia su nuevo santuario después de varios siglos de convivencia. El abad, acompañado de toda la comunidad, las despidió emocionado y más de una mirada se cruzó entre ellos. La sacerdotisa mayor se acercó al abad y le mostró el cofre repujado en oro donde guardaban su copia de aquel documento.

CAPÍTULO 3:

El manuscrito

Juan Valcarce llevaba horas analizando el documento; como un autómata, lo giraba hacia un lado y hacia el otro, intentando encontrar algo que le diera una esperanza de lo que buscaba, que, además, no sabía muy bien lo que era. Las flores se cerraban al final del manuscrito y daban la sensación de una continuación que no estaba. Anotaba ideas sin ton ni son y se encontró dibujando la cara de aquella chica que no se apartaba de su cabeza.

Las clases aquellos días se le habían hecho eternas y esperaba la llegada del fin de semana con la ilusión de un enamorado. Abrió la carpeta donde guardaba el original y le increpó, levantando la voz. ¿Cuál es tu secreto? Lo devolvió con cuidado, cuando algo pareció llamarle la atención. Tomó la lupa y repasó los contornos del pergamino, allí donde las manchas de tintura dejaban un hueco. Una y otra vez volvía buscando aquello que parecía haber quedado grabado en su cerebro. Las flores descoloridas se apretaban en la base y la lupa las recorría buscando algún indicio. Y allí estaba, bajo los estambres de la última azucena, confundiéndose con ellos, aparecían dos manchas que no llegaba a descifrar. La lupa no tenía la suficiente potencia para ver nada claro; entonces recordó los binoculares y los microscopios con los que había trabajado en su época de estudiante y, sin pensarlo, guardó el documento y se dirigió hacia la Facultad de Biología. A aquella hora la facultad estaba prácticamente vacía. Buscó el laboratorio de botánica; un bedel le llamó la atención en el momento que entraba en el interior. Le mostró su carné de profesor y le explicó lo que deseaba. Estaba familiarizado con el uso de la lupa binocular, pero le preocupaba la fragilidad del documento. La encendió y ajustó los ojos a los oculares. Las ruedas de enfoque empezaron a moverse y las letras y dibujos aparecieron ante él; buscó aquello que le había llamado la atención. Los estambres de la azucena ocultaban parte de aquella mancha, pero era claro que eran letras o símbolos. Incrementó los aumentos y la mancha se desdobló en líneas hasta que apareció claramente la siguiente inscripción: *«s. VI I Atta»*. Por desgracia, el manuscrito estaba roto y no podía conocer la continuación. Analizó con el mismo procedimiento la otra mancha de la que solo pudo entrever «ina». ¿Qué era aquel extraño símbolo? Revisó cada una de las

seis azucenas que aparecían en el ramillete sin encontrar nada más. Salió del edificio y esquivó la presencia de amigos y conocidos hasta llegar a su casa. El corazón se le disparaba intentando buscar un significado a aquellas letras y a aquel símbolo, pero sobre todo pensando en la llamada que haría a aquella chica. Paqui Nogales, a pesar de su juventud, era la responsable del archivo municipal de Cáceres y una gran especialista en la historia de la ciudad.

Cuando aquella mañana Juan Valcarce pasó delante de la catedral y del rectorado de la universidad, ni se giró para apreciar aquella belleza que tanto le conmovía. Atravesó la vetusta puerta de la facultad y se dirigió directamente a su despacho. Se despojó de la cazadora y la dejó como siempre en el respaldo de la silla. Ojeó la escasa correspondencia que tenía sobre la mesa, a pesar de sus días de ausencia, y se esforzó en concentrarse en las obligaciones de aquella mañana, que por suerte eran pocas. Anhelaba que llegara la hora para encontrarse con el viejo profesor que había dirigido su tesis para explicarle todo lo que le rondaba por la cabeza. Dos golpes repiquetearon en la puerta y la cara de uno de los bedeles apareció en ella.

—¡Buenos días, Juan! —No sabía si era por su juventud o por considerarlo un advenedizo, pero aquel hombre tan ceremonioso con toda la jerarquía, a él siempre se dirigía de aquella forma—. La decana te espera en su despacho a las doce.

—Muchas gracias. Justo a la hora que había quedado con el profesor —maldijo en voz baja.

Brenda Altieri era de origen italiano, aunque su familia hacía más de un siglo que residía en la ciudad. Al parecer, varios antepasados suyos habían enseñado en aquellas aulas y ella se creía merecedora del cargo que ocupaba. Era una mujer alta, delgada y con un rictus de soberbia en su cara; no debía de tener más de cuarenta y cinco años, pero su porte y apariencia la hacían parecer mayor. Se consideraba una guardiana de las esencias y la historia de aquella universidad, y no ocultaba su ambición de llegar a ser la rectora. Ella había estado en total desacuerdo con el tribunal que le había dado la titularidad de aquella plaza y no dudaba en manifestarlo siempre que podía. Lo consideraba como un infiltrado en aquella vieja casa, y no solo eso, sino que ahora él, además, formaba parte de la Junta de la Facultad, pero a pesar de ello, siempre que lo veía, alguna emoción contenida pugnaba por salir. También sabía que, aunque tenía derecho a voto y ella era la única candidata, él no se había dignado votarla, pero el juego del poder siempre aparece

cuando se necesita y allí estaba ahora aquella petición para que se presentara en su despacho.

Se reclinó sobre la mesa, echó una ojeada al tema de la clase que debía impartir y un gesto de aburrimiento apareció en él. Las clases, que siempre le habían entusiasmado y motivado, en aquel momento eran una carga, no podía concentrarse en ellas. Alargó la mano, descolgó el teléfono que descansaba como un muerto sobre la mesa, marcó el número del viejo profesor y esperó a escuchar su voz. El sonido del teléfono le repiqueteaba en la oreja y, por un momento, enmudeció. «El profesor debe de haber salido ya de casa», pensó. Cogió con desgana la carpeta de apuntes y se dirigió al aula. La clase se le hizo eterna mirando los ojos extrañados de aquel grupo de alumnos y la extrañeza de estos aumentó cuando veinte minutos antes de la hora se despidió con un simple adiós y se marchó.

Juan Valcarce atravesó el pasillo sin atreverse a mirar atrás, era consciente de que había sido una huida que, además, no tenía ninguna explicación, pero hoy no era día para analizar los motivos. La puerta de la cafetería lo recibió con aquel olor rancio que impregnaba todas las paredes. Miró buscando al profesor y lo vio allí en aquella mesa donde tantas otras veces se habían sentado a charlar. Con la cabeza embutida en el diario, musitaba letanías que debían valorar las noticias que leía. Don Alberto Palomero era un hombre de barba canosa y calvicie incipiente. Las gafas se despeñaban sobre la nariz y el mentón pronunciado daba la sensación de estar a punto para recogerlas; parecía mayor de lo que seguro era. La chaqueta también daba esa impresión, los restos de ceniza y las visibles quemaduras no dejaban dudas sobre la adicción de su poseedor. Cuando lo vio llegar, dejó las gafas y sus ojos se le iluminaron, se levantó y lo abrazó como a un hijo.

—Buenos días, profesor.

—Siéntate, Juan, qué alegría verte. Estoy intrigado por eso que me quieres contar.

—Lo siento, pero me acaba de citar la decana. Ya sabe que no tenemos muy buena relación y esto requiere tiempo y tranquilidad.

—Ve, no te preocupes, ya sabes que ahora no tengo muchas ocupaciones y puedo esperar.

—Me sabe mal hacerle esperar.

—No te preocupes, ya te espero.

Al salir, miró hacia atrás y vio que el profesor se había vuelto a introducir en la vida del diario. Cuando llegó a la puerta, las manos le sudaban, no le apetecía en absoluto hablar con aquella mujer. Llamó dos veces sin obtener respuesta, a la tercera golpeó con más fuerza y un adelante seco la atravesó.

—Buenos días. ¿Me ha llamado?

—Sí. —Como no recibió ninguna invitación, esperó de pie, pero como la cosa se alargaba, se arrellanó en uno de los dos sillones que ocupaban el despacho. Echó una ojeada a las paredes pobladas de fotografías en las que ella aparecía junto a algunas personalidades, y diplomas que, por el color, denotaban que hacía tiempo que fueron emitidos. Su mirada se perdió por la mesa, donde ella garabateaba algo sobre un papel. Unas piernas fuertes, perfectamente torneadas y en exceso bronceadas para la época, se abrían mostrando profundidades que él evitó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué desea? —repitió, al ver que el tiempo pasaba, después de carraspear dos veces.

—Como siempre, llegas tarde.

—No recuerdo haber llegado tarde nunca.

—Yo creo que sí, habíamos quedado a las doce y son y cuarto.

—Perdone, pero ya llevo cinco minutos aquí y además supongo que ya sabía que tenía clase. —Notaba que la rabia le iba subiendo como una serpiente que se le enroscaba y le apretaba sin piedad.

—Dejémoslo estar. Te he llamado porque me gustaría saber en qué estás trabajando ahora.

—Pues como siempre en las clases y en la investigación.

—Sí, ¿y qué investigas?

—Un tema relacionado con la historia medieval, lo puede leer en el informe del departamento.

—Prefiero que me lo expliques tú, por eso te he llamado y me estás haciendo perder el tiempo.

—Me gustaría dejar claro una cosa, antes de seguir —dijo con una voz que le salió temblorosa—. Quisiera saber si se trata de un asunto oficial o informal. Si es oficial, le recuerdo que las convocatorias se han de hacer por escrito con cuarenta y ocho horas de antelación indicando el motivo de la reunión, y si se trata de una informal, se ha de tener la delicadeza de consultar o preguntar a qué hora se puede hacer la reunión. Y yo no he visto ni lo uno ni lo otro —estaba lanzado y por experiencia sabía que eso no solía ser bueno para él—, y ya que habla de puntualidad, le recuerdo que en la última reunión de la Junta de Facultad llegó cuarenta y cinco minutos tarde. ¡Eso sí que es puntualidad! Y hoy había quedado con el Dr. Palomero, que ahora me está esperando.

—Los decanos tenemos muchas obligaciones y a veces salen imprevistos. Te he llamado porque hemos de hacer la valoración de los créditos de investigación y me gustaría conocer los tuyos.

A pesar de que ella se esforzaba en mantener la calma, la voz se le notaba tensa. Un leve movimiento del labio superior y el continuo tocarse el pelo indicaban lo contrario. Él no tenía posibilidad de disimular, la pierna izquierda repiqueteaba en el suelo y las manos le sudaban de aquella manera extraña.

—Ya me lo imagino, pero según creo, el director del departamento, el Dr. Palomero, ya le envió el informe de los planes de investigación.

—El Dr. Palomero ya no es el director del departamento, y ya nada tiene que decir. —Era la primera vez que alzaba la voz y él sonrió por aquella pequeña muestra de debilidad—. Ahora nombraré a una persona adecuada para el cargo.

—Pensaba que era un proceso democrático y que el nombramiento lo hacía el rector a partir del resultado electoral, pero quizás las cosas estén cambiando.

Ella lo miró con odio y una sonrisa falsa se dibujó en su cara.

—Siempre me he preguntado: ¿qué hace un licenciado en matemáticas en esta facultad?

—Cosas de la vida. —Era consciente de que había omitido su licenciatura en historia medieval y su doctorado a propósito.

Se puso de pie para marcharse y ella le dirigió una mirada asesina.

—Por cierto —dijo ella en el momento que abría la puerta—, no puedes asistir al simposio de Barcelona.

—Ya decidiré yo si asisto o no —dijo, y salió sin mirar atrás.